

PRECIO EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 >

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público dos veces por semana.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses. 12 reales.
Valiéndose de comisionados. 14

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses. 30

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Gitanos, núm. 11, principal.

NOTAS.

La palabra (progresista) colocada entre paréntesis á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza desu color.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.



RIGOLETO.

PERIÓDICO (PROGRESISTA).

SALE LOS DIAS 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27 Y 30 DE CADA MES.

UNA SOLEMNIDAD POLITICA.

El dia 2 de Mayo de 1870, depositaron por primera vez los representantes de la España católica y monárquica, congregados en Madrid, una corona de siemprevivas en el obelisco del Campo de la Lealtad, reivindicando así despues de treinta y cinco años de silencio los derechos que tiene un partido grande y respetable al hermoso florón de las glorias de nuestra Independencia.

El dia 10 de Junio de 1870, cumpleaños de la augusta señora que ha de compartir con don Carlos de Borbon las glorias de un reinado próspero y feliz en el pueblo que consagra hoy á los dos sus cultos y sus adoraciones, se reunieron por segunda vez los representantes de la España católica y monárquica, para celebrar la gran solemnidad del dia, abriendo provisionalmente el Casino, que con tanto celo y perseverancia ha logrado instituirse en la capital de España, respondiendo á una alta necesidad de la vida política.

Testigos presenciales de lo que ocurrió en ese dia, y habiendo tomado en sus memorables sucesos la parte activa que nos señalaban el deber y el ejemplo de nuestros amigos, todavía sentimos los efectos de las corrientes de entusiasmo que hicieron palpar más de una vez los corazones de todos; y no dejaríamos de consignar la descripcion de tan fausta solemnidad por nuestra cuenta, si no fuera porque otros periódicos se han anticipado á hacerlo, siendo la pintura tan perfecta, que no podemos ménos de transcribirla á estas columnas, dudando de nuestras fuerzas.

Hé aquí, pues, de qué manera reproduce nuestro querido colega *La Esperanza*, con elegante pincel, todos los detalles de la gran solemnidad política. Dice así:

«Segun lo que se habia anunciado, á las cuatro de la tarde concurrieron al Casino los socios ya inscritos, que pasaban de trescientos, y dada cuenta de las gestiones de la comision y Junta interina para la constitucion del Casino, y despues de un merecido

voto de gracias á esa Junta, quedó nombrada por unanimidad la Junta definitiva, que preside uno de los próceres más ilustres de España. A seguida se hicieron varias proposiciones con entusiasmo acogidas, y se redactó un despacho de adhesion á Carlos VII, y de felicitacion á la reina Margarita; terminando el acto con un discurso de nuestro querido amigo el conde de Canga Argüelles, que supo con frase sobria, y por tanto enérgica al par que elocuente, espresar los sentimientos y esponder los deseos de que todos nos sentíamos animados, siendo extraordinariamente aplaudido.

La Junta central y la provincial, que habian decidido que la fiesta de nuestra reina se celebrara sirviendo una abundante comida y otros socorros á los carlistas presos, tenian tambien pensado reunirse en un banquete; y en efecto, á las ocho de la noche, en uno de los salones del Casino, se sentaban á la mesa los dignos individuos de una y otra Junta; los de las provinciales de Valladolid y Albacete, que casualmente se encontraban en Madrid; los diputados y los representantes de la prensa.

Que en aquella reunion de hermanos reinó la cordialidad más completa y la más amable confianza, es escusado decirlo; pero lo que quisieramos repetir aquí es lo que por todos se dijo, y lo que deseábamos en aquel lugar, era que todos nuestros adversarios políticos hubieran podido oirlo. Si; no tememos afirmar: en la reunion de anoche estaba la España católica y monárquica; la España que desde 1833 ha sido incensantemente escarnecida y perseguida, maltratada y esclavizada por los tiranos encubiertos y descubiertos de la revolucion; allí estaba esa España que ha vivido por leal y valerosa sierva en su propia casa, ó pobre servidora en extraño suelo; esa España á la que tantas veces se ha desangrado por el placer de verter su sangre, y que siempre ha visto arrebatarse el fruto de sus sudores para espectáculos que la ofendian en lo más vivo. Y sin embargo, de esa España así reunida, en momentos de completo abandono y de expansion absoluta en que hablaba con el corazon en la mano y plena espontaneidad, no salió, no, una voz de odio ni de venganza, ni aun de menosprecio: todas las palabras que se oyeron fueron de union, de amor, de caridad. ¿Y cómo no, si allí todos eran católicos? ¿Y cómo no, si allí, ante los retratos de Carlos VII y de la reina Margarita, á todo precedía y todo se terminaba con la aclamacion á nuestro noble soberano y á su bondadosa consorte, en quienes no cabe ni rencor ni venganza contra los hijos de España?

A nadie se olvidó, y nada faltó tampoco en los discursos que se pronunciaron. Los carlistas que gemen en las cárceles, ó suspiran por las auras natales, ya en las lejanas tierras á que les ha llevado el odio, ya en las fronteras donde los tienen la arbitrariedad y la tiranía; los héroes gloriosos que han sellado con su sangre sus convicciones defendiendo en todos los campos de batalla de España y del extranjero el lema *Dios, Patria y Rey*; los ilustres próceres, valerosos é inquebrantables capitanes y eminentes estadistas

que en la Suiza republicana tienen á tanta altura levantada la bandera de la España monárquica; el egregio príncipe que con la espada al costado, y reflejándose el valor y el ardor en su frente, hace la guardia al Concilio del Vaticano, y la augusta señora que á orillas del Adriático ha sufrido y resistido todos los martirios, puestos los ojos en Dios y en la patria de su esposo y de sus hijos, cuyas tumbas guarda, fueron respetuosa y entusiastamente saludados. Y lo fueron igualmente los hijos de todas nuestras provincias, que no reparan en sacrificios y que há tantos años vienen sacrificándose, y lo fué esa brillante juventud que en todas partes, ante el espectáculo y al contacto que ofrece el partido oportuna y gráficamente llamado *la aristocracia de la honradez*, se declara carlista y al triunfo de los principios carlistas da las primicias de su ingenio, su instruccion y sus nobles sentimientos. Y lo fué asimismo, y especialmente, el ejército regular y de voluntarios que defiende en Cuba la integridad de la patria, y da nuevos triunfos todos los dias á su historia, espresándose el deseo de que muy pronto fuese un príncipe español á compatir á su frente sus sacrificios, peligros y gloria, y acogiendo por unanimidad la idea de trasmitir su deseo y la gratitud de la patria á tan digno hijos de ella.

A nadie se olvidó y nada faltó, repetimos, ni elocuencia, de la verdadera, de la que sale de la conviccion, ni ingenio, del bueno, del que brilla en imaginations sanas; y buena prueba de ello dan las décimas que en otro lugar insertamos, y no poco la afirmaria el discurso que más aplaudido fué y que sentimos no poder reproducir, callando tambien el nombre del jóven orador, que nos es muy querido, porque aquí no queremos citar nombre ninguno.

¿Qué no concluya el año de 1870 sin que veamos al Papa infalible en Roma y al rey D. Carlos VII en el trono de sus mayores, y que por la Cruz y la espada alentados los buenos, reñrenados los malos, dentro de la union y la fraternidad, afianzado el órden, asegurada la moralidad, triunfante la justicia, volvamos á ser verdaderamente libres, y logremos el progreso cristiano, á despecho de la licencia, que nos lleva por la esclavitud á la barbarie!

Este es el deseo de la España carlista, y ya hemos visto lo que es esa España. Así, enfrente de esta revolucion, que en nada cree, que nada puede fundar, y que lo está destruyendo todo en la anarquia que produce, se levantan nuestra fé y nuestro entusiasmo, á que nada resiste, por los principios que aseguran la gloria y el bienestar de los individuos y de las sociedades.»

Para completar la noticia de lo ocurrido en la inolvidable noche que no se borrará jamás de la memoria de los concurrentes, transcribimos á continuacion la poesia que leyó, entre calurosos aplausos, el modesto escritor que nuestros amigos conocen, y de la cual, por causas fáciles de

adivinar, no hubiéramos hecho siquiera mención, sino se hubiera dispuesto su publicación.

Héla aquí:

A la reina doña Margarita en el día de su Santo.

Noble reina, perdonad:
hoy á saludaros llega
un alma que adora ciega
la luz de vuestra bondad.
Mi patria os habla, escuchad:
esto se va, lo otro avanza;
y en su triste malandanza,
esta noble patria mía,
que Dios realice confía
una halagüeña esperanza.

Grande, hermosa ejecutoria
del rey va escrita en el pecho;
y si es del rey el derecho,
del derecho es la victoria.
Al rey porvenir de gloria
plugo al cielo reservar;
pero el rey no ha de olvidar
que este pueblo en sangre tinto,
necesita un Carlos quinto...
un rey que sepa reinar.

Un rey que imponga la ley
contra todo injusto fuero;
un rey, señora, de acero,
que sepa decir: *Yo el Rey*.
Que la doctrinaria grey
nunca pueda sojuzgallo;
un padre para el vasallo,
y un soldado que en la guerra
vea ensancharse la tierra
delante de su caballo.

Rey que á Cides y Guzmanes
preste el ser esclarecido,
que no haga su casa nido
de traidores y rufianes;
un rey que ataje desmanes,
siendo fuerte y justiciero:
que si desnuda el acero,
siempre recuerde á su mano,
la cruz que es un rey cristiano,
y la hoja, un rey caballero.

Un rey con el alma llena
de una sencillez sin tasa:
un rey que arregle su casa
para ejemplo de la ajena.
Que tenga una esposa buena;
de virtud claro reflejo,
porque al recibir consejo
toda mujer, sea ley
decir: «La esposa es del rey:
miraos en ese espejo.»

Señora, puesto que en vos
tanta virtud resplandece,
y unida al rey me parece
que estais benditos de Dios,
séd de mi patria los dos
la redención soberana,
y ¡ojalá huyendo mañana
la turba que hoy nos deshonorra
sobre la *España con honra*
se alce la *España cristiana!*

Tended, señora, la vista
por el pueblo desolado:
donde alienta un pecho honrado,
aquel pecho es de un carlista.
No hay ya díque que resista
tanta española altivez
como se lanza otra vez
en pos de la antigua gloria,
para esculpir en la historia
esta Iliada de honradez

Terminamos estas líneas poseídos todavía de la ardiente emoción que nos embargaba el ánimo en tan grata solemnidad, que nos permitió contar nuestras fuerzas y confundir nuestros corazones; al brindar por la salud del rey, en la efu-

sión de un solo sentimiento. ¡Quiera el cielo que los deseos y las aspiraciones de todos alcancen en plazo próximo, la más bella realidad!

EL PARTO DE LOS MONTES.

Quando oimos hablar el miércoles al capitán general por su gracia particular D. Juan Prim, representante hoy genuino de la revolución de Setiembre, no pudimos menos de exclamar:

«¡Bah! cosas de D. Juan.»

Nosotros los que tenemos la desgracia de conocerle hace tiempo por sus palabras y sus hechos, hemos comprendido que D. Juan tiene sus cosas.

Y no solamente tiene sus cosas, sino que entre estas tiene su geniecito.

Así no es extraño que, acostumbrado ya á llevar las pedradas, atropelle un día por todo y haga á Ríos Rosas ministro de la Gobernación.

Para ese día ya tendrá el Congreso parabombas.

Como iba diciendo, D. Juan tiene su geniecito y su revolver.

Este no lo ha sacado nunca en las Cortes; pero le ha dicho á las idem que lo lleva.

Por eso algunos diputados, al votar en contra del Gobierno, no quitan los ojos del bolsillo de Prim.

Y cuidado, que no son unionistas, porque estos no los quitan del de Montpensier.

Bolsillo por bolsillo, tiene más atractivos el último.

La verdad es que llegó el sábado 11 de Junio de 1870 y nos encaminamos al Congreso, sin acordarnos de las promesas de Prim.

Como todas sus promesas y juramentos, echamos esta en saco roto y no nos volvimos á acordar más de sus explicaciones.

Sin embargo, como este es el país de los candidos, habia desde las ocho de la mañana gente con la boca abierta esperando que Prim les diera un buen desayuno.

Eran las dos de la tarde y hacia calor.

Llegamos á las avenidas del Congreso y ya nos sorprendió el lujo de señoritos con chistera y revolver escondido que se paseaban y estaban midiéndose con las esquinas.

Las puertas exteriores todas estaban tomadas por la policía.

Las interiores atajadas por los porteros.

Las escaleras cortadas y obstruidas por estos mismos señores, vestidos de largas casacas y adornados con cintas y cruces de sus pasadas campañas.

Todo estaba cerrado, todo atrancado; los porteros, revestidos de toda su insolencia, á cada instante decían:

—¡Eh, caballero, atrás! ¡Atrás, paisano!

¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

En aquel momento nos acordamos de las idénticas medidas tomadas por Rivero en el ministerio de la Gobernación, cuando la desaparición de la escribanía de su despacho, y preguntamos:

—¿Ha habido algún robo en los salones?

—No, señor; es que se han dado de palos dos diputados, contestó uno que estaba también en visperas de dárselos á un portero.

—Pues si están en una discusión tan interesante, dejémosles, dije yo, que discutan tranquilamente las leyes.

De todos modos las cuestiones de palos no son hoy más que el rigor de la moda.

Quando pase esto no hay quien dé un palo por todo el oro del mundo.

Fuí á subir la escalera de la tribuna periodística, y antes de trepar el primer peldaño un canchero de corta estatura y anchas espaldas me estaba reclamando ya el billete con la mayor cortesía.

—Oiga usted, me dijo, no se sube sin enseñarme el billete.

Me detuve un poco antes que él me enseñase los puños, y tuve *precautoriamente*, como dice Rivero, que dar un rodeo y hacer varias evoluciones para que al cabo de una hora me colocase un diputado en un rincón.

RIGOLETO no acostumbra á llevar billete, porque Ruiz Zorrilla ó su segundo, el patriota Castro, no acostumbran á dárselo.

Los periódicos reaccionarios están en su mayor parte privados de este espectáculo de la libertad.

La tribuna de periodistas estaba, en efecto, llena de comerciantes de ultramarinos, de señoritos de pueblo, de paniaguados, de compinches, etcétera.

Los periodistas en su mayor parte andaban errantes por los corredores, ó no habian podido pasar el Rubicon, vulgo escalera.

La corrida prometió ser interesante. Las localidades se habian despachado todas, viéndose por todas partes la curiosidad y el desasosiego pintados en los semblantes.

Los señores que habian ido de sombrero blanco lo tenían ya pajizo de polvo.

Las gentes se estrechaban y amontonaban, averiguando en medio de todo cuál era la salida más pronta para la calle, por si se armaba la gorda.

En esto no iban descaminados, puesto que ya los palos andaban por dentro.

El redondel estaba perfectamente empedrado de padres de la patria. Trescientos diez y siete de estos estaban pendientes de los labios de don Juan.

El banco azul se destacaba orgulloso con las ocho notabilidades ministeriales que están haciendo la felicidad del país.

Allí estaba el atortolado Echeagaray, el panzudo Rivero, el civilero Montero Ríos, el soñoliento Beranger, el acaramelado Sagasta, el rabiasecanas Figuerola, el Adonis Moret y don Juan el *deseado*.

Sólo faltaba el predestinado Serrano.

Hubo un momento de impaciencia y un silencio general.

D. Juan Prim y Prast se puso en pié detrás del mostrador.

El momento era crítico solemne.

Las miradas, los gemelos, los anteojos se fijaban en él.

Las señoras lo dibujaban hasta por entre las varillas de los abanicos.

D. Juan tosió, escupió, tomó el compás como los músicos viejos y dió rienda suelta á sus melodías.

Naturalmente, tenia que decir cosas graves, pero se las calló.

Habia llamado á todos los diputados que habian tenido que dejarse sus riegos y sus trillos para complacerle. Esto le impulsaba á justificar el llamamiento.

Verdad es, que la carta estaba fina y expresiva aunque apremiante; sobre todo se les decia que cosas graves obligaba á su amigo D. Juan á pedirles su cooperación.

Así es que algunos venían relamiéndose, creyendo se iban á encontrar en la boda del nuevo rey.

D. Juan no quiso defraudar sus esperanzas, y despues de contar todas las pesquisas que han sido más que las de Patricio para buscar candidato, dijo que ni había rey ni esperanzas.

Los diputados que habían gastado tres ó cuatro dias en venir en el ferro-carril ó en burros para oír esta novedad á boca de jarro, estuvieron por pedir les devolviesen el dinero que habían gastado en el viaje.

Prim les adivinó el pensamiento y les dió el siguiente consuelo que tomamos integro del *Diario de Sesiones*.

«Podeis marchar tranquilos y decir á vuestros electores que con rey y sin rey, la libertad no corre ningun peligro. En este agosto recinto dejais la bandera de la libertad; aquí la encontrareis cuando volvais; yo lo ofrezco por mi honor y por mi vida.»

Este último ofrecimiento que se cumplirá como todos los suyos, es el que ha debido consolar á los diputados.

Por lo demás, han sido despedidos cortesmente por D. Juan, que les ha dicho con mucha urbanidad, que están aquí ya demás; como nos parece estará pronto él.

La libertad queda asegurada en sus manos que siempre es algo, y el país tranquilo y satisfecho de ver á él y á sus amigos llenos de fé y entusiasmo, se dedican á *hacer un rey*.

Escusamos decir que la funcion concluyó con los tres *jamases* de costumbre.

UN CONSEJO.

CARTA A DON ANTONIO.

Antonio, del alma mia,
Antonio, santo y bendito
á quien hoy yo felicito
porque anteayer fué su dia.

Rey de la unionista banda,
rival en valor del Cid,
que anduvo todo Madrid
en chanclos y con bufanda.

¿Qué harán, chico, esas trompetas
que proclaman tus virtudes
así, prenda, que no sudes
párnés, es decir, pesetas?

Oye á un pobre pretendiente
que sin ser jóven ni viejo
te va á dar un buen consejo
sintiendo que estés ausente.

Aunque pienso, es muy sencillo
que se cumpla mi deseo,
valiéndome del correo,
supuesto que estás en Trillo.

Así ante todo quisiera
ya ves que hablo sin desden,
que el agua te siente bien
y refresques la mollera.

A pesar de tu fanfarría,
que me está oliendo á escabeche,
me alegraré te aproveche
la buena miel de la Alcarria.

Mas, chico, no te atolondres
ni la adulacion te venza,
quien tiene cual tú vergüenza
se debe marchar á Lóndres.

Allí podrás buen Monsiú
comprar la *guita* por varas
vender tus naranjas caras
y no andar haciendo el bú.

Deja amigo á un pueblo ingrato
que entre mil evoluciones
paga tan mal las traiciones
y todo lo echa á barato.

Que en su mudanza tirana
apenas mira con mimo

al matador de su primo

y al vendedor de su hermana.

Vete y sigue mis consejos
que es el clamor general,
nadie aquí te querrá mal,
así que te vea lejos.

Vete á London si eres cuerdo
que al mirarte en tierra extraña,
dirá indiferente España,
si te vi ya no me acuerdo.

Emprende allí nueva ruta
que eso á tí poco te cuesta,
que esta tierra no se presta
para la gente *franchuta*.

Sigue á tus instintos fiel
y prefiere como yo
que digan: aquí corrió
á aquí se dejó la piel

Conque abur señor de Wamba

la del humo, y á tu grey

que aquí no queremos reynar

que echar no sepa un *ycarambal*

Llévete el diablo muy lejos

de este pueblo generoso,

y si no oyes mis consejos

séguirás haciendo el oso.

P.D. He sabido buen señor

que á Madrid ha vuelto ya;

por eso esta carta va

por el correo interior.

A DOÑA GLORIOSA DE OLOZAGOTIA

PRIMA DE LA RÍVERA Y BOBETE.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

SIERRA-MORENA (Madrid) á los diez y nueve dias del *abortado motin ibérico en el mes de las tempestades ó del trueno gordo (Junio) del año en que acabará la farsa á... monterazos probablemente.*

A-mart-elada señora: Si los caballeros de la Edad Media buscaban fama y renombre por el camino de la hidalguía y del honor, saliendo á la defensa de menesterosas doncellas que en sus cuitas y agravios al amparo de pechos generosos acudían, y en el valor de esforzados brazos confiaban, á nadie causará maravilla que en esta libre é ilustrada edad de los bufos y del can-can, un bufon humilde, que no admite desafíos de gabachos, porque se lo prohíbe su religion, pero que cuenta como el más pintado con cinco dedos en la mano, y sangre de Viriato en el corazon para usar del legítimo derecho de defensa propia, segun lo reclamen las circunstancias y la oportunidad, nadie se extrañará, digo, que un pobre bufon, á falta de otros amigos y protectores, venga en socorro y ayuda de la que llamada en tiempos virgen y pudorosa, hoy es ya tratada por propios y extraños como una triste ramera.

Y á emprender la tan árdua como generosa obra de restituir á la inclita fama con que vinisteis á este pícaro mundo y á esta tierra de los Roque, Guinart, Rolando y José Maria, muéveme además del sentimiento natural de compasion que vais inspirando al mundo civilizado, un impulso propio del corazon mio, agradecido á la que le dió el ser, el aliento y la vida. Porque es bien cierto, señora mia, que sin haber vos salido á la escena de la historia en la comedia ó farsa liberalesca, no hubiera yo entrado en la cofradía de los parleros y murmuradores periódicos, que con aguzada lengua os muerden en el talon vulnerable de vuestros principios y vuestros postres de que son tan devotos vuestros amigos y servidores. Sin vos tampoco me fuera franca la entrada ni accesible la subida al fantástico palacio de nuestro comun amigo el señor duque de Montpensier, á quien Dios... tenga reservada una corona de gloria en el cielo en recompensa de la corona de espinas, el cetro de caña y el manto de humillaciones con que en la tierra le han vestido y adornado los sayones de los nuevos Poncios, á quienes no llamare Pilatos, porque todavía no se han lavado las manos, aunque consta que se han chapuzado la cara muchas veces en el pilon de la *España con honra*.

Habia yo menester por otra parte de rendir un tributo de admiracion y de gratitud á mis constantes colaboradores los hombres de la *honra de Cádiz*, que con sus peregrinas ocurrencias, y sus hazañas

incomparables dan copiosa materia de risa y divertimento á mis lectores, y no podia yo imaginar siquiera una ocasion más oportuna para saldar esta cuenta de agradecimiento y de admiracion que la de salir en vuestro socorro y defensa. Cuanto á mi pobre fantasia se ocurra en loor y alabanza vuestra, desde luego comprenderán ellos que redundará en lustre de sus botas, esplendor de su buena crianza, y vigor de su estómago mortificado á cada paso con el peso de suculentos almuerzos. Ahí teneis, señora, declarados mis derechos y bien intencionados de ignios. Si por ello merezco prez, yo renuncio gustoso al premio que me ofrezca Prim por este señalado servicio, y si incurro en la terrible indignacion vuestra, por todo se me da un ardite, porque yo ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor, que no es otro que el rey legítimo, y á quien vos tambien sin conocer lo estais sirviendo de puente... de Alcolea, he dicho mal, de puente de plata para que venga pronto y en triunfo. Pero no hablemos por ahora de rey, mientras esté Montpensier en Madrid, Espartero en Logroño, D. Alfonso entre tres jamases: la Constitucion del 69 y los constituyentes entretenidos en sus dietas é incompatibilidades, Prim de aspirante á dictador, Figuerola manejando la Hacienda, y el regente... ¡ah! el regente esperando á que decreten las Cortes alguna ley, aun sin las debidas formalidades como la del matrimonio civil y criminal para aprobarlo todo con su sancion soberana. No hablemos de un rey que á nadie conviene; por ahora á los unos porque están verdes, á los otros porque está la breva del poder pasada ya de puro madura, y los que comen, como diria el Sr. Llagostera, no quieren soltarla de las manos hasta que la saquen bien la sustancia. Interin esto acontezca tenemos tiempo, vos, señora, de vindicar vuestra honra perdida y yo de ensalzarla y enaltecerla.

Y lo primero que digo á este propósito es que los setembrinos hacen traicion á su consecuencia dejando de llamarnos, yo no se si por cansancio ó por vergüenza, con el nombre que os impusieron los sacerdotes de la diosa razon, al bautizaros en la bahía de Cádiz. Con esa cobardia indigna de tan ilustres personajes lo único que consignan es que los pícaros reaccionarios no pronuncien el titulo de *Gloriosa* sino para mirarnos con una burlona sonrisa que asemeja mucho al desprecio. Bien que á esos bellacos oscurantistas les dejamos en libertad para apreciar los sucesos en su valor, y llamar las cosas por su propio nombre, que es la maldita costumbre que han heredado de los siglos de tinieblas. Pero si mientras estos enemigos encarnizados del progreso ó más bien de la Tertulia progresista se empeñan en ridiculizar el titulo de *gloriosa*, vuestros amigos insistieran en sostener el nombre con que tan graciosa como oportunamente os bautizaron los librecultistas el 29 de Setiembre, entre esa diversidad de juicios y pareceres quedaria flotando por lo ménos la duda, y una duda racional y fundada. Nosotros seguiriamos sosteniendo que ciñen vuestras sienas una aureola de honra, de provecho y de gloria mientras los reaccionarios os calumnian de que sólo habiais nacido para barrer con vuestro manto el lodo y las inmundicias que han dejado en sedimento treinta y cinco años de agios y dilapidaciones. Pero como vuestros amigos han abandonado el campo del honor y de la lucha legal al dominio de la partida de la Porra, y en vez de los principios de la lógica no conocen sino los postres del presupuesto, y en vez de las armas de la razon, sólo se valen de los cañones de Gaminde ó de las letras gordas de Ezcarti y compañeros mártires... del sueldo y de los telegramas, de Rivero, claro está que vuestro nombre de *Gloriosa* abandonado de amigos, y en la pluma solo de los oscurantistas se habia de convertir en un apodo de ironía en un mote de escarnio.

Pero no, que á falta de otros adalides de vuestra honra en la gloriosa campaña que han emprendido y admirará siempre la patria de D. Oppas, de Bellido Dolfos y de Godoy, aquí está RIGOLETO dispuesto á servirlos de escudero y acompañaros hasta la muerte, para que cuando acabe vuestra arrastrada asistencia en fuerza de humillaciones, de disgustos y monterazos, por lo ménos no os falte una sepultura honrosa en el panteon de las calaveradas humanas. Sí, porque es una lástima que habiendo comenzado vuestra carrera bajo los felices auspicios de la más

gloriosa hazaña que han visto los siglos desde la entrada de los griegos en Troya, hasta la de los ingleses en Gibraltar y de los árabes en España, hayan de concluir como el imperio de Roma en Augústulo, ó el de los reyes holgazanes en Francia, despues de arrastrar la miserable existencia del bajo imperio en la ciudad fundada por Constantino.

Hay en vuestra literatura contemporánea una bien escrita comedia titulada *El Buen Ladrón y el Mal Apóstol*, cuyo objeto es probar con el ejemplo de esos dos célebres personajes bíblicos, que si un acto de arrepentimiento al fin de la vida, borra todos los estravios de Dimas, todos los méritos de una vida de apóstol no son bastantes para impedir que el nombre de Judas haya quedado en la historia como el tipo de todos los traidores, de todos los desleales, de todos los ingratos. Pues bien, señora doña Gloriosa, yo que estoy persuadido de lo mismo, y que por tanto preferiría ver en la persona de vuestros amigos y de vos misma unos buenos ladrones, mejor que unos malos apóstoles (en el sentido de la mencionada comedia, no en el vulgar y odioso que se dá á las palabras ladrón), os ruego encarecidamente y si necesario fuera, me pondría de hinojos delante de todos los héroes setembrinos para que procurasen imitar al fin de su vida al que murió en una cruz cerca del Salvador del mundo, más bien que al que se ahorcó de un árbol por haber vendido su conciencia por el mezquino sueldo de treinta dineros.

No me toca á mi averiguar ahora quienes son los verdaderos padres de vuestra señora, puesto que la madre del cordero dicen que la vá á declarar muy pronto cierto duque para que no aparezcan en la historia como una criatura del todo espúrea y expósita, sino como hija de matrimonio civil y criminal de D. Progreso y doña Union liberala.

Tampoco me parece necesario decir la parte de gloria que cabe á cada uno de los dos consortes en el fenomenal engendro setembrino, porque las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio y de valor á valor siempre son odiosas como dice Cervantes.

De uno de los héroes de Cádiz se yo que para ahorcarse del árbol de la libertad ya no le falta más que un cordel que anda buscando por todos los rincones de su conciencia atormentada, y de su herido amor propio, y que si no le encuentra á propósito, está dispuesto á repetir la hazaña del célebre Nelson con el desgraciado Carraciolo, es decir, á colgar su honra de la antena de un barco.

De otros dos personajes setembrinos, tienen bar-rantos y aun han comprometido una buena apuesta dos ingleses á que en todo lo que resta del año han de imitar á D. Enrique, y á D. Pedro en el célebre campo de Montiel.

A cierto mayordomo de vuestra desvencijada hacienda, refieren las crónicas, que le ha de acontecer lo que á D. Rodrigo de Calderon, cuando mueran sus protectores.

Y sin bajar ahora á particulares odiosos y empalagosos y cenagosos, que serian largos de contar, hablando en general de los setembrinos, sin hacerles ninguna injuria, bien se puede asegurar que durante su vida, fueron muy malos apóstoles de las doctrinas revolucionarias, y peores defensores de vuestra honra y rematados depositarios de la honra, tradiciones y sentimientos de esta desgraciada patria, y administradores manirosos de su ya casi aruinada hacienda.

Pues bien, señora Gloriosa, para que acabe la comedia setembrina, como la del Buen Ladrón y el Mal Apóstol, que he puesto por tipo y podais decir al volver á Canarias, lo que Francisco I en una ocasion célebre, *Caballeros, todo se ha perdido menos el honor*, vos que teneis influencia en el ánimo de vuestros servidores, aconsejadles que ya que durante su vida han desempeñado tan malditamente el papel de apóstoles, imiten siquiera en su muerte el ejemplo del Buen Ladrón. Aconsejadles que se dejen de predicar una doctrina desacreditada; unas teorías absurdas. En sí y en la práctica imposibles, unos derechos que los favorecidos rechazan, y en que los donantes no creen, que en fin, dejan el oficio de diablos predicadores y de apóstoles del error y del mal, como diría Echegaray, y que vayan preparando un buen viático de... méritos y de buenas obras y de buenas ollas, para el día en que teniendo que ajustar cuentas con la justicia de Dios, cansada ya de sufrir sus desacier-

tos gubernamentales, y condenados por el tribunal de la pública opinion á salir de la cárcel del mando al suplicio de la oscuridad de la vida privada, tengan preparado el Paraiso de una pasaderilla decente con que soportar su humillacion.

Interin esto suceda, que será pronto, queda de vuestra señoria, apasionado y rendido servidor,

RIGOLETO.

BUFONADAS.

Dice *La Correspondencia* que han empezado á colocarse los espárragos para fijar los toldos de la procesion del Corpus.

Creíamos que en España no habia ya más espárragos que las viudas, los retirados y los maestros de escuela.

El Imparcial ha manifestado deseos de que salga de Gobernacion su antiguo patrono Rivero.

Rivero se ha vengado de *El Imparcial* prohibiendo á sus redactores la entrada en el ministerio.

Y todo esto *cum multum salerum*.

¿Se han visto despotillas y tiranuelos más finchados que estos absolutistas democráticos?

Andense Vds. con chiquitas y verán si les aprieta el zapato.

Por lo demás, Rivero, al obrar así, sigue siempre estando en carácter.

¡Qué sargento de realistas se ha perdido Calomarde por haberse muerto!

El general Izquierdo ha combatido al Gobierno en los artículos de *El Puente de Alcolea* que se le atribuyen.

El general Izquierdo al convocar con tanto ruido y tantas alharacas una reunion de diputados anti-interinistas se puso enfrente del Gobierno que es partidario de la interinidad.

Llegado el momento de votar en la reunion de interinistas una proposicion que envolvia un voto de censura contra el Gobierno, el general Izquierdo, acariciándose el vientre, se llamó andana, bajo el sencillo pretexto de que nunca fué su ánimo hacer la oposicion, ni renunciar por lo tanto á la capitania general de Madrid.

Respecto á lo primero, creemos que no lo podrá remediar el famoso niño, ni con tapas, ni con medias suelas.

En cuanto á la capitania general, bien pone de manifesto el cariño que la profesa, cuando se enrosca sobre ella como una culebra.

Perdone S. E. si RIGOLETO silba.

Pero los silbidos no destruyen nóminas, y el general Izquierdo se reirá de RIGOLETO, como RIGOLETO se rie de ciertos apetitos desordenados.

Seamos ingénuos:

El general Izquierdo, diga ahora lo que quiera, se ha puesto enfrente de Prim por virtud de estos dos actos de rabetas infantiles:

Por los artículos de cal y canto de *El Puente de Alcolea*.

Y por la convocatoria de los anti-interinistas.

Empezando así el juego el general Izquierdo tira la baraja, recoge la capitania general de Madrid, y dice á sus comensales: «Otro talla»

Dada la inconsecuencia y la elasticidad de estómago de este párvulo feliz, se pregunta:

¿Qué causas habrán podido influir en el cambio de estado del cuerpo del general?

Lo ignoro, pero se me figura que deben ser causas de comedor.

Censurado por los moralistas políticos el funesto vicio de la inconsecuencia, me horrorizo al pensar el grado de demacracion á que llegarían ciertos individuos de la especie humana, si cada vez que se sientan á comer no le consagrarán el culto de sus mandíbulas.

El general Izquierdo, mirado bajo el prisma de la razon política, es un engendro que nació de la inconsecuencia.

Partidario del duque de Génova, de Montpensier y de la interinidad actualmente, ha devorado todos los jugos de ese principio suculento que conduce á

adquirir el peso y la gravedad de un progresista de las arrobas de Coronel y Ortiz.

Si el Sr. Izquierdo tiene la suerte de terminar su carrera como la ha empezado, estoy seguro que adquirirá más peso que el elefante Pizarro, ó que el animalito que se rifa el día de San Anton.

Y el Gobierno, acosado por la jauria de los anti-interinistas, dió al fin sus explicaciones.

Y dijo Prim: —«Hemos buscado varios reyes y el único que encontramos, le destruyó la union liberal.»

Y dijo Rios: —«Nosotros teníamos ya hecho el rey: pero el señor Prim le ha deshecho.»

Y replicó Prim: —«Paciencia y barajar. En cuanto á los que me escuchan, pueden tomar las de Villadiego, porque tengo malos los hígados y no estoy para aguantar broncas ni cuchufletas.»

La campanilla del presidente tocó á silencio y los diputados digeron amen.

En los pasillos hubo cachetina: pero se arregló bien la cosa, y los contrincantes se fueron á comer, porque entre progresistas diez ó doce bofetones más ó menos, no estorban el apetito.

Así acabó la zarzuela bufa de las explicaciones. Como hubo *can-can*, todos levantaron las piernas. Salud y pesetas; pero que no las vea Figuerola.

El día 10 trascurrió sin novedad.

Ni se abordó la cuestion de rey ni se abordará en mucho tiempo.

Entre los progresistas no se abordan más cuestiones que las de pesebre.

Adelante con los faroles y sigamos con la política suculenta.

Es la única manera de que los progresistas estén contentos.

Por eso pasarán á la posteridad con el renombre de héroes de *comedor*.

Al fin Coronel y Ortiz se descolgó con todo su peso votando el lunes contra el voto particular.

Esto dió esperanzas á los unionistas.

Sobre todo cuando votaron con Coronel y Ortiz. Izquierdo y Camposagrado, le avisaron á Montpensier del triunfo.

Y en efecto, si se hubiera votado al peso, nadie les disputa la victoria.

¡Serán pesados los unionistas!

Se dice que Montpensier luego que ponga los pies en *polvorosa*, va á dar un manifesto.

¿Si le parecerá que se ha manifestado poco?

El imperturbable Becerra quiere que los tres partidos revolucionarios fundidos en el presupuesto se llamen: *Partido de Setiembre*.

Lo de *partido* pase, lo concedemos. Pero en lugar de Setiembre, léase *vendimia*.

Decia Rios Rosas que no sabia quién pudiese disolver las Córtes soberanas.

Y á todo esto les guiñaba el ojo á los cañones del Retiro, que estaban muertos de risa.

Hasta Rios Rosas se burla de las Córtes.

El otro día parece que hubo una manifestacion pacífica en la puerta de la Universidad. Algunos estudiantes la armaron á palos con los catedráticos que los habian dejado suspensos.

Claro se ve que dan frutos la libertad de enseñanza y los derechos individuales.

Hemos recibido la primera entrega de la obra que con el título de *Dios, Patria y Rey ó España tal cual será*, ha comenzado á publicar el infatigable editor Sr. Estrada.

A juzgar por lo que hemos leído promete ser una obra interesante, bajo el punto de vista político y literario, por lo que nos parece digna de ser recomendada.

Los esfuerzos del editor Sr. Estrada por nuestra causa merecen nuestra más sincera felicitacion.

Madrid: 1870.—Imprenta á cargo de J. J. Heras. Calle de San Gregorio, 5.